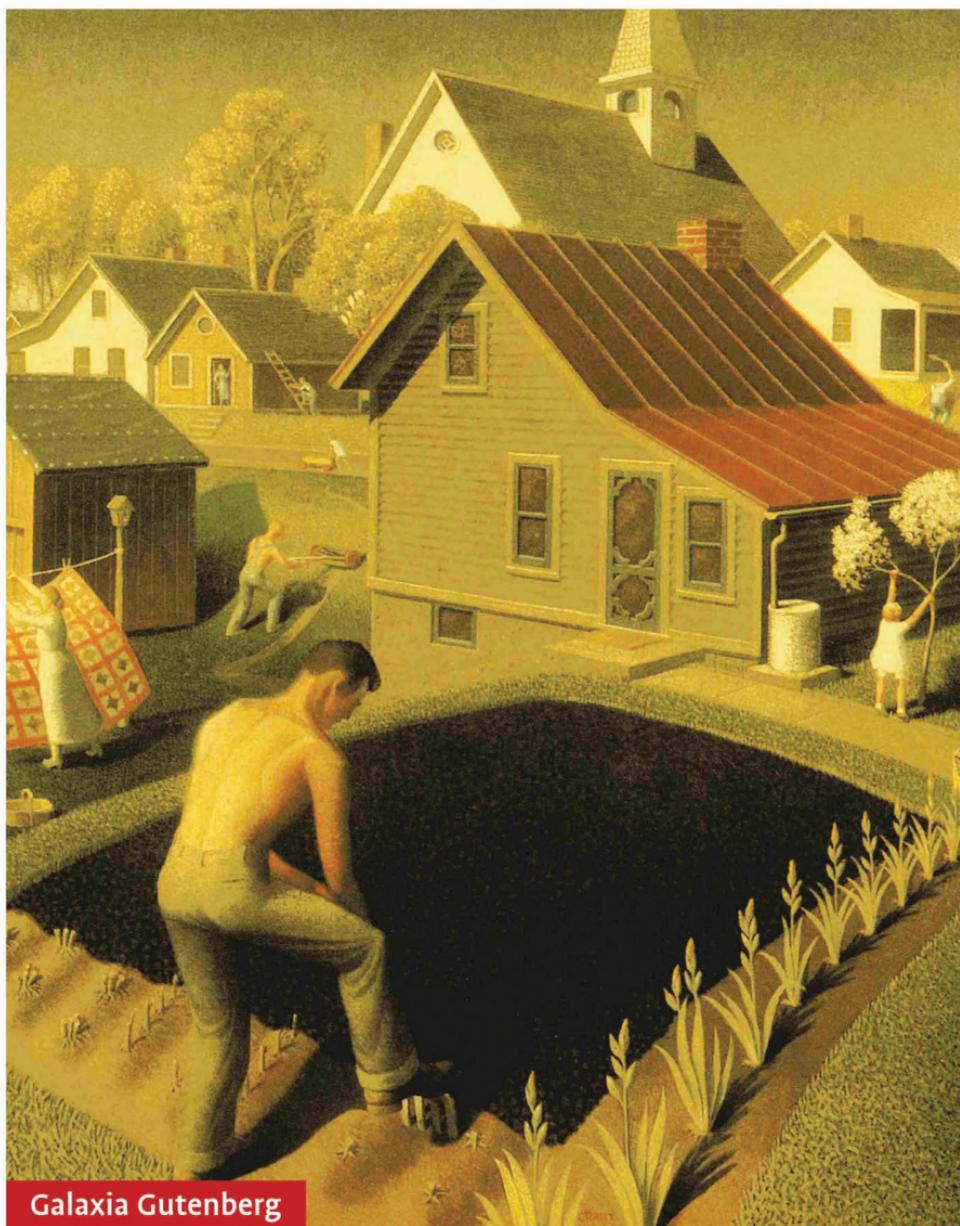


Marilynne Robinson

Vida hogareña



MARILYNNE ROBINSON

Vida hogareña

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Housekeeping*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2º 1ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Marilynne Robinson, 1980
© de la traducción: Vicente Campos, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: RODESA
Depósito legal: B. 7780-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-86-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mi marido,
y para James, Joseph, Jody y Joel,
cuatro chicos estupendos*

I

Me llamo Ruth. Me crié con mi hermana pequeña, Lucille, al cuidado de mi abuela, la señora Sylvia Foster y, cuando ella murió, al de sus cuñadas, las señoritas Lily y Nona Foster, y cuando ellas se marcharon, al de su hija, la señora Sylvia Fisher. A lo largo de las sucesivas generaciones de todos esos mayores vivimos siempre en la misma casa, la de mi abuela, que habían construido ella y su marido, Edmund Foster, un ferroviario, que dejó este mundo años antes de que yo llegara a él. Fue él quien nos asentó en ese lugar insólito. Él se había criado en el Medio Oeste, en una casa excavada en la tierra, con ventanas a ras del suelo y a la altura de los ojos, de modo que, vista desde el exterior, la casa era un simple montículo, que no tenía más de morada humana que de tumba, y, desde el interior, la horizontalidad perfecta del mundo en aquel paisaje escorzaba lo visible tan marcadamente que el horizonte parecía circunscribir únicamente la propia morada de adobe. Así que mi abuelo empezó a leer cuanto literatura de viajes podía encontrar, diarios de las expediciones a las montañas de África, a los Alpes, a los Andes, al Himalaya, a las Rocosas. Se compró una caja de pinturas y copió de una revista una litografía de una pintura japonesa del Fujiyama. Pintó muchas más montañas, ninguna de ellas identificable, si es que alguna era siquiera real. Todas formaban conos suaves o montículos, aisladas o en grupos y arracimadas, verdes, marrones o blancas, dependiendo de la estación, pero siempre coronadas de nieve, y esas coronas eran rosas, blancas o doradas, dependiendo de

la hora del día. En un cuadro grande había incluido una montaña acampanada en primer plano y la había cubierto con árboles, pintados a conciencia, cada uno de los cuales se alzaba en ángulo recto del suelo, de donde crecía igual que la pelusa sobresale en la felpa plegada. De cada árbol pendían frutas brillantes, pájaros de colores estridentes anidaban en las ramitas, y cada fruta y cada pájaro mantenían la vertical sobre el desnivel de la tierra. Animales demasiado grandes, a rayas y moteados, ascendían libres y a la carrera por la ladera de la derecha y descendían sin prisa por la izquierda. Que el genio de ese cuadro radicara en su ingenuidad o en su fantasía fue algo que nunca supe decir.

Una primavera mi abuelo salió de su casa subterránea, fue caminando hasta la estación y cogió un tren hacia el oeste. Le dijo al taquillero que quería ir a las montañas, y aquel empleado dispuso que llegara hasta aquí, lo que no tuvo por qué ser una broma pesada, ni siquiera una broma, pues montañas hay, montañas incontables, y donde no las hay, hay colinas. El terreno sobre el que se levanta el pueblo es relativamente plano porque había formado parte del lago. Parece que hubo un tiempo en el que las dimensiones de las cosas se modificaron por sí solas, dejando varios márgenes misteriosos, como entre las montañas tal como debían de haber sido y las montañas que son de hecho en la actualidad, o entre el lago como había sido en el pasado y el que es ahora. A veces, en primavera, regresa el antiguo lago. Uno abre la puerta del sótano y se encuentra las botas impermeables flotando grasientas con las suelas hacia arriba y las tablas y los cubos golpeándose contra el umbral, y la escalera ha desaparecido de la vista más allá del segundo peldaño. El terreno se inunda, la tierra se convierte en fango y luego en agua limosa, y las hierbas quedan cubiertas hasta las puntas de las frías aguas. Nuestra casa estaba en las lindes del pueblo, sobre una pequeña colina, así que raramente nos encontrábamos con algo más que un estanque negro en el sótano, con algunos insectos esqueléticos deslizándose sobre

él. Una estrecha charca de agua clara como el aire se formaba en el huerto, cubría la hierba, las hojas negras y las ramas caídas, rodeada por todas partes de más hojas negras, hierba empapada y ramas caídas, y sobre ella, delicado como una imagen en un ojo, el reflejo del cielo, las nubes, los árboles, de nuestras caras y nuestras manos frías cerniéndose por encima.

Mi abuelo consiguió un empleo en el ferrocarril antes de llegar a su destino. Parece que se hizo amigo de un revisor que tenía más influencia de la habitual. El empleo no era nada del otro mundo. Era vigilante o tal vez guardavía. En cualquier caso, se iba a trabajar al anochecer y se pasaba la noche dando vueltas, hasta el amanecer, con un farol. Pero era un trabajador cumplidor y diligente, destinado a ascender. En menos de una década supervisaba la carga y descarga de ganado y mercancías, y seis años más tarde era ayudante de jefe de estación. Llevaba dos años en ese cargo cuando, de regreso de ciertos asuntos que le habían llevado a Spokane, su trayectoria, tanto profesional como vital, llegó a su fin en un descarrilamiento espectacular.

Aunque se dio noticia del mismo en periódicos tan remotos como los de Denver y St. Paul, no se trató, hablando con propiedad, de un accidente espectacular, porque nadie lo presenció. El siniestro tuvo lugar mediada una noche sin luna. El tren, que era negro, pulido y elegante, y al que habían bautizado Fireball, había recorrido más de la mitad del puente cuando la locomotora asomó el morro hacia el lago y luego el resto del tren se precipitó tras ella al agua, como una comadreja que se bajara de una roca. Un mozo de estación y un camarero, que iban apoyados en la barandilla de la parte de atrás del furgón de cola hablando de asuntos personales (eran parientes lejanos), sobrevivieron, pero en realidad no puede decirse que fueron testigos, por las razones igualmente cabales de que la oscuridad era impenetrable

para cualquier ojo y de que ellos se encontraban a cola del tren y mirando hacia atrás.

La gente se acercó al borde del agua, con faroles. La mayoría se quedó en la orilla, donde al cabo de un rato encendieron una hoguera. Pero algunos de los chicos más altos y de los hombres más jóvenes recorrieron el puente ferroviario con cuerdas y linternas. Dos o tres de ellos se embadurnaron con grasa negra y se ataron con arneses de cuerda, y los demás los bajaron al agua, en el punto donde el mozo de estación y el camarero creían que había desaparecido el tren. Al cabo de dos minutos medidos en un cronómetro, las cuerdas se subieron de nuevo y los buzos ascendieron los pilares con piernas rígidas, los liberaron de las cuerdas y los envolvieron en mantas. El agua estaba peligrosamente fría.

Hasta que amaneció, los buzos bajaron desde el puente y volvieron a subir, o los subieron, varias veces. Una maleta, el cojín de un asiento y una lechuga fue todo lo que pudieron recuperar. Algunos de los buzos recordaron haberse abierto paso entre restos al sumergirse, pero esos restos debieron de hundirse, o fueron arrastrados por la corriente en la oscuridad. Cuando perdieron la esperanza de encontrar pasajeros, no se recuperó nada más, y no quedó ningún vestigio salvo aquellos tres pecios, uno de los cuales era precedero. Empezaron a especular sobre la posibilidad de que aquél no fuera, después de todo, el punto donde el tren se había salido del puente. Se hicieron preguntas acerca de cómo se habría desplazado el tren por el agua. ¿Se hundiría como una piedra pese a su velocidad o se deslizaría como una anguila pese a su peso? Si dejó las vías en el punto donde decían, tal vez habría acabado deteniéndose un centenar de metros más adelante. O, bien pensado, podría haberse resbalado o dado unas vueltas de campana al tocar el fondo, ya que los pilares del puente se asentaban en las cimas de una cadena de colinas sumergidas, que por una vertiente constituían la facha-

da de un valle ancho (había otra cadena de colinas, treinta y cinco kilómetros al norte, algunas de ellas islas) y por la otra caían hacia el fondo en precipicios. Según parecía, esas colinas habían sido la orilla de otro lago y estaban formadas de piedra quebradiza que el agua había socavado hasta desmenuzarla por completo. Si el tren había caído por la vertiente del sur (y el testimonio del mozo de estación y el camarero sostenía que así había sido, pero a esas alturas les concedían muy poco crédito) y se había resbalado o dado un par de vueltas de campana, podría haber caído de nuevo, más lejos y más al fondo.

Al cabo de un rato, algunos de los más jóvenes fueron al puente y empezaron a zambullirse, primero con cautela y al poco casi con euforia, entre exclamaciones de temor. Cuando salió el sol, las nubes absorbieron la luz como una mancha. Refrescó aún más. El sol se elevó y el cielo se volvió brillante como el estaño. La superficie del lago estaba en calma. Cuando los pies de los chicos chocaban con el agua, se oía un leve sonido de fractura. Fragmentos de hielo transparente oscilaban sobre las olas que formaban al sumergirse y, cuando el agua volvía a quedar en calma, se unían como trozos de un reflejo. Uno de los chicos se alejó nadando a una docena de metros del puente y entonces se sumergió hacia el lago antiguo, descendió a lo largo de la piedra ciega y ahogada, palpando la fachada, cabeza abajo, y luego impulsándose con los pies. Pero al darse cuenta de donde estaba, de repente se aterrorizó y saltó hacia arriba, en busca de aire, rozando algo con la pierna al hacerlo. Alargó la mano y tocó una superficie totalmente lisa, que corría paralela al fondo, pero, le pareció, unos dos metros o un poco más por encima. Una ventana. El tren había quedado ladeado. No pudo tocarla una segunda vez. El agua tiró de él hacia arriba. Contó que sólo esa superficie lisa, de todo lo que había tocado, no estaba cubierta ni envuelta en una nube de polvo suelto, como limo. Ese chico era un mentiroso con ingenio, un solitario con una ne-

cesidad insaciable de congraciarse con los demás. Su historia no fue ni creída ni cuestionada.

Cuando regresó nadando al puente y después de que lo sacaran y contara a los hombres dónde había estado, el agua empezó a volverse opaca y mate, como cera que se enfría. Los presentes sintieron escalofríos cuando un nadador emergió y la membrana de hielo que se formó donde la capa helada se había desgarrado pareció nueva, vidriosa y negra. Todos los nadadores regresaron. Al anochecer, el lago se había sellado.

Esta catástrofe dejó tres nuevas viudas en Fingerbone: mi abuela, y las esposas de dos hermanos ancianos, dueños de una tienda de tejidos. Las dos mujeres mayores llevaban treinta años o puede que más viviendo en Fingerbone, pero se marcharon, una a vivir con una hija casada en Dakota del Norte y la otra para buscar los amigos o parientes que le quedaran en Sewickley, Pennsylvania, de donde había salido de novia. Dijeron que no podían seguir viviendo junto al lago. Dijeron que el viento les traía su olor, y que notaban su sabor en el agua potable; y que no soportaban el olor, el sabor ni la visión del lago. No esperaron al funeral ni a la colocación de la placa conmemorativa, cuando docenas de deudos y curiosos, encabezados por tres empleados del ferrocarril, recorrieron el puente entre unas barandillas montadas para la ocasión, y dejaron caer coronas sobre el hielo.

Es cierto que en Fingerbone uno es siempre consciente de la presencia del lago, de las profundidades del lago, de las aguas sin luz ni aire bajo su superficie. Cuando se ara la tierra en primavera, al rasgarla y dejarla al descubierto lo que exhalan los surcos no es más que ese mismo olor húmedo e intenso. El viento sopla cargado de agua, y todos los pozos, arroyos y acequias huelen a agua pura, sin mezcla de ningún otro elemento. En el fondo, como unos cimientos, está el lago antiguo que ha quedado cubierto, ahogado, sin nom-

bre, completamente negro. Luego está el Fingerbone, el lago de los mapas y las fotografías, en el que se filtra la luz del sol y sustenta la vida vegetal y peces incontables, y al que uno puede mirar en la sombra de un embarcadero y ver su fondo pedregoso y pardo, más o menos como si mirara tierra firme. Y, por encima de éste, está el lago que crece en primavera y oscurece la hierba y la vuelve áspera como los juncos. Y aún más arriba está el agua suspendida en la luz del sol, densa como el aliento de un animal, que rebosa dentro de este círculo de montañas.

Parece que mi abuela no se planteó el marcharse. Había vivido toda su vida en Fingerbone. Y aunque nunca hablaba de ello, y sin duda pocas veces lo pensaba, era una persona religiosa. Es decir, que concebía la vida como un camino que uno recorría, un camino lo suficientemente transitado que atravesaba un campo amplio, y que el destino de cada uno estaba allí, aguardándole, desde el mismo principio, a una distancia medida, alzándose bajo una luz banal, como una casa sencilla en la que uno entraba y era recibido por gente respetable que lo conducía a una sala donde todo lo que uno había perdido o dejado a un lado estaba allí reunido, esperándole. Ella aceptó la idea de que en algún momento ella y mi abuelo se reunirían y reanudarían su vida juntos, sin preocupaciones económicas, en un clima más benigno. Esperaba que para entonces él hubiera adquirido un poco más de sentido común y equilibrio. En el caso de mi abuelo, hasta aquel momento esas cualidades no habían llegado con la edad, y ella desconfiaba de la idea de la transfiguración. Lo más amargo de la muerte de su marido, dado que ella tenía una casa, una pensión y a sus hijas prácticamente criadas, era que le parecía una especie de deserción, aunque no del todo inesperada. ¿Cuántas veces se había despertado por la mañana y había descubierto que él ya se había ido? Y en ocasiones, durante días enteros, deambulaba cantando para sí en voz baja, y le hablaba a ella y a sus hijas como un hombre muy cortés le hablaría

a unos desconocidos. Y ahora, finalmente, se había desvanecido. Cuando se reunieran de nuevo, ella esperaba que él habría cambiado, cambiado sustancialmente, pero tampoco es que lo deseara con todo su corazón. Y, con esos pensamientos, afrontó su viudedad y llegó a ser tan buena viuda como había sido buena esposa.

Tras la muerte de su padre, las chicas revoloteaban alrededor de mi abuela, vigilaban cuanto hacía, la seguían por la casa, se metían en todo. Molly cumplió dieciséis aquel invierno; Helen, mi madre, tenía quince; y Sylvie, trece. Cuando su madre se sentaba a coser, ellas se colocaban a su alrededor en el suelo, intentando acomodarse como mejor podían, con las cabezas apoyadas en las rodillas o en la silla de mi abuela, inquietas como niñas pequeñas. Arrancaban flecos de la alfombra, le plegaban el dobladillo de la falda, a veces se pegaban unas a otras, mientras hablaban con indolencia del colegio o resolvían las inacabables diferencias y discusiones que surgían entre ellas. Al cabo de un rato encendían la radio y empezaban a cepillar el pelo de Sylvie, que era castaño claro y tupido y le caía hasta la cintura. Las mayores eran expertas en hacerle peinados *pompadours* con tirabuzones en las orejas y la nuca. Sylvie se cruzaba de piernas por los tobillos y leía revistas. Cuando se adormilaba se iba a su habitación y se echaba una cabezada, y luego bajaba a cenar con su espléndido cabello despeinado y revuelto. Nada conseguía inducirle a la coquetería.

Cuando llegaba la hora de la cena, seguían a su madre a la cocina, ponían la mesa, levantaban las tapaderas de las cazuelas. Luego se sentaban alrededor de la mesa y cenaban juntas, Molly y Helen, puntillosas siempre; Sylvie, con los labios manchados de leche. Incluso entonces, en la luminosa cocina con las cortinas blancas que impedían el paso de la oscuridad exterior, su madre notaba cómo las chicas se inclinaban hacia ella, cómo le miraban la cara y las manos.

Desde que eran muy pequeñas, no habían vuelto a arremolinarse a su alrededor de aquel modo, y tampoco nunca desde entonces había sido ella tan consciente del olor de los cabellos de sus hijas, de su suavidad, de su respiración entrecortada, de su brusquedad. Aquello la llenaba de un extraño júbilo, el mismo placer que había sentido cuando cualquiera de ellas, bebés de pecho, había fijado sus ojos en su cara y buscado el otro pecho, el pelo, los labios, ansiosa por tocar, anhelando saciarse durante un rato y dormir.

Ella siempre había conocido mil maneras de envolverlas por entero con algo que debe de haber sido parecido a la gracia. Se sabía mil canciones. Su pan era tierno y su mermelada amarga, y los días de lluvia preparaba galletas y compota de manzana. En verano ponía rosas en un jarrón sobre el piano, rosas inmensas y de olor penetrante, y cuando las flores se marchitaban y los pétalos caían, las guardaba en un alto jarrón chino con clavo, tomillo y ramitas de canela. Sus hijas dormían en sábanas almidonadas bajo capas de colchas y por las mañanas sus cortinas se henchían de luz del mismo modo que las velas de un barco se hinchan de viento. Por descontado, ellas la tocaban y la estrujaban como si acabara de regresar tras una larga ausencia. No porque temieran que fuera a desvanecerse como había hecho su padre, sino porque la repentina desaparición de éste las había hecho conscientes de la presencia de su madre.

Cuando llevaba poco tiempo de casada, llegó a la conclusión de que el amor era en buena medida un anhelo que la posesión no podía mitigar. Una vez, cuando todavía no tenían hijos, Edmund había encontrado un reloj de bolsillo en la orilla del lago. La caja y la esfera de cristal permanecían intactas, pero el mecanismo estaba casi consumido por el óxido. Él abrió el reloj, lo vació y donde había estado la esfera encajó un trozo circular de papel en el que había pintado dos caballitos de mar. Se lo regaló reconvertido en un colgante, con una cadena, pero ella casi nunca lo lucía porque la cadena era demasiado corta para permitirle mirar los

caballitos con comodidad. Temía dañarlo si se lo guardaba en el cinturón o en el bolsillo. Puede que durante una semana llevara el reloj allá donde fuera, incluso por la habitación, y no porque Edmund lo hubiera hecho para ella o porque la pintura fuera menos chillona y torpe de lo que solían serlo las suyas, sino porque los caballitos eran maliciosos, seres traviosos y heráldicos, con armaduras de cáscaras de insectos. Eran los caballitos de mar lo que ella quería ver en cuanto apartaba la mirada y lo que quería ver también incluso cuando los estaba mirando. El deseo no remitía hasta que algo –una discusión, una visita– distraía su atención. Y sus hijas, durante un tiempo, la tocaron, la miraron y la siguieron del mismo modo.

A veces ellas lloraban por la noche, sollozos débiles y flojos que no las despertaban. El sonido se interrumpía en cuanto ella empezaba a subir las escaleras, por más sigilosamente que lo hiciera, y cuando llegaba a sus habitaciones las encontraba tranquilamente dormidas, y el origen del llanto quedaba oculto en el silencio, como un grillo. El que se acercara bastaba para calmar a las criaturas.

Los años que transcurrieron entre la muerte de su marido y la marcha de casa de su hija mayor fueron, en realidad, años de una casi perfecta serenidad. Mi abuelo había hablado a veces de la decepción. Una vez desaparecido, ellas se vieron liberadas de las penosas cargas de buscar el éxito, el reconocimiento, el ascenso social. No tenían motivos para mirar hacia delante, ni nada de que arrepentirse. Sus vidas giraban, segregadas del mundo torcido como la fibra que hila una rueca: hora del desayuno, hora de la cena, hora de las lilas, hora de las manzanas. Si el paraíso era este mundo purgado de desastres y fastidios, si la inmortalidad era esta vida en equilibrio y suspensión, y si este mundo purgado y esta vida sin agobios pudieran considerarse la vida y el mundo restituidos a sus genuinas naturalezas, no es extraño que cinco años serenos, sin sobresaltos, adormecieran a mi abuela hasta que olvidó lo que nunca debería haber olvida-

do. Seis meses antes de que Molly se marchara, había cambiado ya por completo. Se había vuelto abiertamente religiosa. Tocaba himnos en el piano, enviaba gruesas cartas a sociedades de misioneros, en las que incluía explicaciones de su reciente conversión y copias de dos largos poemas, uno sobre la Resurrección y otro sobre la marcha de las legiones de Cristo por el mundo. Yo he visto esos poemas. El segundo se refiere con mucha ternura a los paganos y también, en especial, a los misioneros: «... los ángeles vienen para apartar / la lápida que sella su tumba».

Al cabo de seis meses, Molly lo había organizado todo para irse a China, a trabajar para una sociedad misionera. Y ya mientras Molly fustigaba el aire con himnos como *Beulah Land* y *Lord, We Are Able*, mi madre, Helen, se sentaba en el huerto a hablar con voz suave y seria con un tal Reginald Stone, nuestro padre putativo. (No conservo ningún recuerdo de ese hombre. He visto dos fotografías de él, las dos tomadas el día de su segunda boda. Por lo que parece, era un hombre pálido, de pelo negro y liso. Se le ve cómodo en su traje oscuro. A todas luces no se considera el protagonista principal en ninguna de las fotografías. En una mira a mi madre, que está hablando con Sylvie, que le da la espalda a la cámara. En la otra se le ve alisando los huecos en la corona de su sombrero, mientras mi abuela, Helen y Sylvie están a su lado, en fila y mirando a la cámara.) Seis meses después de que Molly partiera hacia San Francisco y de ahí hacia Oriente, Helen había formado un hogar en Seattle con el tal Stone, con el que, según parece, se había casado en Nevada. Mi abuela, contaba Sylvie, se sintió muy ofendida por la fuga y la boda fuera del estado, y escribió para decirle a Helen que nunca la consideraría verdaderamente casada hasta que volviera a Fingerbone y se casara delante de su madre. Helen y su marido llegaron en tren con un baúl lleno de ropa de boda, una caja de flores y champán envuelto en hielo seco. No tengo motivos para imaginar que mi madre y mi padre fueran jamás pudientes, así que debo suponer que

tuvo que costarles mucho apaciguar el resentimiento de mi abuela. Y pese a todo, según Sylvie, no pasaron ni veinticuatro horas en Fingerbone. No obstante, la relación debió de repararse de algún modo porque pocas semanas más tarde, Sylvie, con abrigo, sombrero y zapatos nuevos, con los mejores guantes de su madre, bolso y maletín, partió en tren hacia Seattle para visitar a su hermana casada. Sylvie tenía una fotografía de sí misma despidiéndose desde la puerta del vagón, elegante, joven y pulcra. Por lo que sé, Sylvie sólo volvió a casa una vez, para ocupar el mismo lugar que había ocupado Helen en el jardín de mi abuela y casarse con alguien llamado Fisher. Según parece, no se hicieron fotografías de ese acontecimiento.

Un año, mi abuela tenía tres hijas tranquilas y calladas, y al siguiente la casa estaba vacía. Sus chicas eran tan calladas, debe de haber pensado, porque los hábitos y costumbres de sus vidas las habían descargado de la necesidad de hablar. Sylvie tomaba el café con dos terrones de azúcar, a Helen le gustaba la tostada bien hecha, y Molly comía la suya sin mantequilla. Eran cosas sabidas. Molly cambiaba las camas, Sylvie pelaba las verduras, Helen fregaba los platos. Eran hábitos establecidos. De vez en cuando, Molly registraba la habitación de Sylvie buscando libros que no había devuelto a la biblioteca. Esporádicamente, Helen preparaba una hornada de galletas. Era Sylvie la que traía ramos de flores. Esta calma perfecta se había instalado en la casa tras la muerte de su padre. Aquel suceso había alterado el medio mismo en que se desarrollaban sus vidas. El tiempo, el aire y la luz del sol trajeron entonces oleadas sucesivas de conmoción, hasta que ésta se consumió, y el tiempo, el espacio y la luz volvieron a calmarse y nada pareció ya temblar y nada pareció inclinarse. El siniestro se perdió de vista, como el propio tren, y si la calma que siguió no fue mayor que la que le precedió, al menos lo había parecido. Y la deseada normalidad había cicatrizado sin dejar huella como una imagen sobre el agua.

Un día mi abuela debió de sacar un cesto de sábanas para tenderlas al sol de primavera, vestida con luto de viuda, cumpliendo con los rituales de la normalidad como con un acto de fe. Pongamos que había seis o siete centímetros de nieve dura y vieja acumulados en el suelo, que la tierra rezumaba aquí y allá a través de parches rotos en la nieve, y que al sol hacía calor, siempre que el viento no se lo llevara, y pongamos que se inclinó casi sin aliento, constreñida en su corsé, para coger una sábana empapada por el dobladillo, y pongamos que cuando había sujetado tres esquinas en el tendedero, la sábana empezó a ondear y a saltar entre sus manos, a agitarse y temblar, a deslumbrarla con la luz que reflejaba, y que los coletazos eran tan alegres y potentes como si un espíritu bailara en su mortaja. ¡Menudo viento!, habría dicho ella, porque le pegaba los faldones del abrigo a las piernas y le levantaba al aire mechones del cabello. El viento llegaba por el lago y olía dulce, como la nieve, y fétido, como la nieve fundida, y le trajo a la memoria las pocas y pequeñas flores de muchos tallos para cuya recogida, Edmund y ella tenían que pasarse medio día de paseo, aunque al día siguiente todas se habrían marchitado. A veces, Edmund iba con cubos y una paleta, las arrancaba con tierra y todo, y las llevaba a casa para plantarlas, pero morían igual. Eran flores raras, que crecían desde los hormigueros y arrasaban consigo los excrementos y la carne de los animales fallecidos. Edmund y ella escalaban por las colinas hasta quedar empapados de sudor. Les seguían tábanos y el viento les enfriaba. Donde la nieve se había retirado descubrían restos, como los de un puercoespín, la dentadura aquí, la cola allá. El viento olería acre, a nieve rancia y muerte, a resina de pino y flores silvestres.

Dentro de un mes aquellas flores florecerían. Dentro de un mes toda la vida durmiente y la descomposición interrumpida se reanudarían. Dentro de un mes, ella no lloraría porque en aquella época nunca había tenido la impresión de que estuvieran casados, ella y el taciturno metodista Ed-

mund, que llevaba corbata y tirantes incluso cuando iba a recoger flores silvestres, que se acordaba de dónde crecían de un año para otro, que mojaba el pañuelo en un charco para envolver los tallos, y que estiraba el codo para ayudarla a salvar las zonas empinadas y pedregosas, con una cortesía impersonal y sin palabras que a ella no le molestaba porque en realidad nunca había querido estar casada con nadie. A veces se imaginaba a un hombre más moreno, con unas toscas franjas pintadas en la cara y el vientre hundido, una piel de animal atada alrededor de las caderas, huesos oscilando de sus orejas, y arcilla, garras, colmillos, huesos, plumas, tendones y pieles ornamentándole los brazos, la cintura, el cuello y los tobillos, su cuerpo entero convertido en un alarde que proclamaba que era más peligroso que toda la muerte cuyos trofeos lucía. Edmund era así, un poco. La llegada de la primavera despertaba en él una emoción contenida, mística, y hacía que se olvidara de mi abuela. Recogía cáscaras de huevo, el ala de un pájaro, una mandíbula, un fragmento ceniciento de un nido de avispas. Examinaba cada objeto con la concentración más absoluta, luego se los guardaba en los bolsillos, donde llevaba su navaja y la calderilla. Los miraba como si pudiera leerlos, y se los metía en el bolsillo como si pudiera poseerlos. Ésta es la muerte en mi mano, éstos son los restos en el bolsillo de mi camisa, donde llevo las gafas para leer. En esos momentos se olvidaba de ella, como se olvidaba de sus tirantes y su metodismo, pero aun así era entonces cuando ella más lo amaba, cuando él era un alma completamente sola, como la suya.

Así que el viento que hinchaba las sábanas le anunciaba la resurrección de la vida ordinaria. Pronto brotaría la col de mofeta, el olor a manzana se propagaría por el huerto, y las chicas lavarían, almidonarían y plancharían sus vestidos de algodón. Y cada anochecer traería su sensación de extrañeza peculiar, los grillos cantarían toda la noche bajo las ventanas y en cada rincón de los parajes inhóspitos que se extendían más allá de Fingerbone, por todos lados. Y de ella se

adueñaría la aguda sensación de soledad que había sentido todas las largas veladas sin excepción desde que era niña. Era el tipo de soledad que hacía que los relojes pareciesen lentos y ruidosos y que las voces sonaran como si llegaran a través del agua. Las mujeres mayores que había conocido, primero su abuela y luego su madre, se mecían en los porches esos anocheceres, cantaban canciones tristes y no querían que les hablaran.

Y ahora, para consolarse, mi abuela no pensaba en el poco tacto de sus hijas, o de los hijos en general. Ella había reparado muchas veces, siempre, en que los rostros de sus chicas eran tiernos, serios, reflexivos y tranquilos cuando los miraba, igual que de pequeñas, igual que todavía ahora cuando dormían. Si había un amigo en la habitación, sus hijas le miraban la cara con atención, y se burlaban, se confortaban o bromeaban, y cualquiera de ellas podía percibir y reaccionar a los más mínimos cambios de expresión o tono, incluso Sylvie, si así lo quería. Pero no se les ocurría ajustar sus palabras y modales a los de su madre, y ella tampoco quería que lo hicieran. Es más, a menudo se veía movida o, al contrario, constreñida, por la idea de conservar esa inconsciencia de sus hijas. Era por entonces una mujer que desprendía un aire autoritario, de maestra, no sólo por su estatura y por su cara grande y afilada, no sólo por su educación, sino también porque ese aire se adecuaba a sus propósitos, el de ser lo que parecía ser para que sus hijas nunca se sobresaltaran ni sorprendieran, y el de adoptar todas las actitudes y atuendos de una matrona, para diferenciar bien su vida de la de ellas, para que sus hijas no sintieran que se entrometía. Su amor hacia ellas era total y equilibrado; su control, generoso y absoluto. Era una mujer constante como la luz del día, y pasaba tan inadvertida como esa luz, sólo para poder contemplar la calmada reserva de las caras de sus hijas. Para ver cómo era. Una noche de verano salió al jardín. La tierra en los surcos era fina y blanda, como carbonilla, de un amarillo arcilloso y claro, y los árboles y las plantas estaban maduros,

de un verde anodino, poblados de acogedores murmullos. Por encima de la tierra pálida y los árboles brillantes, el cielo tenía el azul oscuro de las cenizas. Cuando se arrodilló en los surcos, oyó las malvarrosas que golpeaban contra la pared del cobertizo. Sintió que una ráfaga de viento húmedo y veloz le levantaba el pelo del cuello, vio que los árboles se hincharon con el aire y oyó crujir sus troncos como si fueran mástiles. Escarbó y metió la mano bajo una planta de patata y palpó cautelosamente las patatas nuevas en su red seca de raíces, lisas como huevos. Se las puso en el delantal y volvió a casa pensando: qué he visto, qué he visto. La tierra, el cielo y el jardín no como son siempre. Y cuando miró las caras de sus hijas no las vio como siempre, o como eran las caras de los demás, y se quedó silenciosa, distante y alerta, para no ahuyentar la sensación de extrañeza. Nunca les había enseñado a ser amables con ella.

Transcurrieron un total de siete años y medio entre la marcha y el regreso de Helen a Fingerbone y, cuando por fin volvió, lo hizo un domingo por la mañana, cuando sabía que su madre no estaría en casa, y se quedó sólo lo necesario para acomodarnos a Lucille y a mí en el banco del porche cerrado, con una caja de galletas integrales para evitar las peleas y el nerviosismo.

Tal vez por delicadeza, nuestra abuela nunca nos preguntó nada sobre nuestra vida o nuestra madre. Tal vez no era curiosa. Tal vez se sentía tan insultada por el comportamiento reservado de Helen que incluso entonces se negaba a reconocer la existencia del hermetismo de mi madre. Tal vez no deseaba enterarse de forma indirecta de aquello que Helen no quiso contarle.

Si me hubiera preguntado, podría haberle contado que vivíamos en dos habitaciones en el ático de un edificio gris, de manera que todas las ventanas—eran cinco en total, y una puerta con cinco hileras de pequeños cristales—daban a

una estrecha galería blanca, el rellano más alto de un gran andamio de escaleras y galerías blancas, fijas e intrincadas como el chorro de agua congelada que cae por la fachada de un precipicio, de un blanco grisáceo y granuloso como sal seca. Desde esa galería veíamos abajo anchos tejados de tela asfáltica, de un alero al otro, desplegados como sombrías carpas sobre montones de mercancías acumuladas en cajas —tomates, nabos y pollos, cangrejos y salmones—, y sobre una pista de baile con una *jukebox* donde alguien ponía *Sparrow in the Treetop* y *Good Night*, Irene antes del desayuno. Pero de todo eso, desde nuestro punto de observación, sólo veíamos la parte de arriba de la carpa. Las gavio-tas se posaban en hileras sobre la barandilla de nuestra galería y se asomaban para ver con qué podían apandar.

Como todas las ventanas estaban en una hilera, nuestras habitaciones, cerca de la puerta, eran tan luminosas como lo fuera el día, y se oscurecían a medida que uno se desplazaba hacia el interior. En la pared del fondo de la habitación principal había una puerta que daba a un pasillo alfombrado y que nunca se abría. De hecho, estaba bloqueada por un gran sofá verde, tan pesado e informe que parecía que lo habían sacado de debajo de quince metros de agua. Había dos sillones del color de la masilla, uno frente al otro, para charlar. Las mitades de dos ánades reales de cerámica volaban por la pared. En cuanto al resto de la habitación contenía una mesa plegable redonda cubierta con un mantel a cuadros, una nevera, un aparador con loza azul clara, una mesa pequeña con un hornillo y un fregadero con una cenefa de hule. Helen nos ponía tiras de hule alrededor de la cintura y las ataba al pomo de la puerta, un truco que nos envalentona-ba para asomarnos por encima de la galería, incluso cuando el viento soplaba con fuerza.

Bernice, que vivía en el piso de abajo, era nuestra única visitante. Tenía los labios lilas y el pelo naranja, y unas cejas pintadas que se arqueaban, cada una, en un único trazo marrón, fruto del forcejeo entre la mucha práctica y la parálisis,

que a veces acababa en su oreja. Era una mujer mayor, pero conseguía parecer una joven con una enfermedad devastadora. Se pasaba horas en el umbral de nuestra puerta, con su larga espalda arqueada y los brazos cruzados sobre su vientre esférico, contando historias escandalosas en voz baja en deferencia al detalle de que Lucille y yo no deberíamos escucharlas. Mientras desgranaba esos relatos, ponía ojos como platos al recordar el asombro que le habían producido, y de vez en cuando se reía y pinchaba el brazo de mi madre con sus garras lilas. Helen se apoyaba en la puerta, miraba sonriendo al suelo y se trenzaba el pelo.

Bernice nos quería. No tenía más familia, salvo su marido, Charley, que se sentaba en su galería, con las manos en las rodillas y la barriga caída sobre el regazo; tenía la piel moteada como la de una salchicha, y venas gruesas que latían en las sienes y en los dorsos de las manos. Contenía las sílabas como quien contiene el aliento. Cada vez que bajábamos las escaleras, él se inclinaba lentamente hacia nosotras y decía «¡Eh!». A Bernice le gustaba traernos natillas, que tenían una costra amarilla y gruesa y flotaban en un líquido abundante de la consistencia del colirio. Helen vendía cosméticos en una tienda, y Bernice nos cuidaba mientras ella estaba en el trabajo, aunque la propia Bernice trabajaba toda la noche de cajera en una gasolinera. Nos cuidaba intentando dormir sólo superficialmente para despertarse al primer ruido de peleas a puñetazos, de destrucción de muebles o de estertores agónicos por algún envenenamiento doméstico. El plan funcionaba, aunque a veces Bernice se despertaba presa de alguna desconocida alarma, subía las escaleras a la carrera, en camisón y sin cejas, y aporreaba nuestras ventanas con las manos, mientras estábamos sentadas tranquilamente, cenando con nuestra madre. Y se tomaba a mal esas interrupciones de su sueño pese a que fuera ella misma su causa. Pero nos quería por nuestra madre.

Bernice se pidió una semana libre del trabajo para poder dejarnos su coche y que hiciéramos una visita a Fingerbone.

Cuando se enteró por Helen de que su madre todavía vivía, empezó a apremiarla para que fuera a casa por un tiempo, y Helen, para su gran satisfacción, se dejó convencer. Resultó un viaje fatídico. Helen nos llevó a través de las montañas, por el desierto y otra vez por más montañas y al final al lago, y por el puente hasta entrar en el pueblo, a la izquierda en el semáforo para meterse en Sycamore Street y todo recto seis manzanas. Dejó nuestras maletas en el porche cerrado, que estaba habitado por un gato y una imponente lavadora, y nos dijo que esperaríamos tranquilas. Luego volvió al coche y condujo al norte, casi hasta Tyler, donde, en el Ford de Bernice, se lanzó desde la cima de un risco llamado Whiskey Rock a las más negras profundidades del lago.

La buscaron. Se hizo correr la voz doscientos kilómetros a la redonda para que se buscara a una joven en un coche que yo dije que era azul y Lucille dijo que era verde. Unos chicos que habían estado pescando y no sabían nada de la búsqueda la encontraron sentada con las piernas cruzadas en el techo del coche, que se había quedado atascado en el prado que se extendía entre la carretera y el risco. Los chicos contaron que estaba mirando al lago y comiendo fresas silvestres, que eran prodigiosamente grandes y abundantes aquel año. Ella les pidió muy amablemente que la ayudaran a empujar el coche para sacarlo del fango y ellos llegaron a extender sus mantas y abrigos debajo de las ruedas para facilitar el rescate. Cuando devolvieron el Ford a la carretera, les dio las gracias, les dio su bolso, bajó las ventanillas traseras, puso en marcha el coche, giró el volante a la derecha todo lo que daba de sí, y entonces el vehículo dio un bandazo y se deslizó ruidosamente por el prado hasta que saltó por el filo del risco.

Mi abuela se pasó varios días en su habitación. Había llevado al dormitorio un sillón y un escabel del salón, los había colocado junto a la ventana que daba al huerto y se sentaba

allí, y allí le llevaban la comida. No tenía ganas de moverse. Desde allí podía oír, sino las conversaciones y palabras concretas, sí al menos las voces de la gente en la cocina, el grupo amable y formal de amigos y deudos que se había instalado en su casa para cuidarse de todo. Sus amigos eran muy viejos, y aficionados al pastel blanco y al pinnacle. En grupos de dos y de tres se ofrecieron a cuidar de nosotras, mientras los demás jugaban a cartas en la mesa del desayuno. Nos llevaban a pasear ancianos nerviosos y autoritarios, que nos enseñaban monedas españolas y relojes, navajas en miniatura con múltiples hojas diseñadas para utilizarlas en cualquier situación extrema, siempre con la intención de mantenernos cerca de ellos y alejadas del tráfico potencial. Una diminuta anciana llamada Ettie, que tenía la piel del color de las setas venenosas y cuya memoria estaba tan deteriorada que ya no podía mandar nada a nadie, se sentaba sonriendo para sí en el porche, y una vez me cogió de la mano y me contó que había vivido en San Francisco, antes del incendio, cerca de una catedral, y en la casa de enfrente vivía una señora católica que tenía un loro enorme en el balcón. Cuando tocaban las campanas, la dama salía con un chal sobre la cabeza y rezaba, y el loro rezaba con ella; la voz de la mujer y la del loro resonaban sin parar, entre el clamor y el estruendo. Al cabo de un tiempo la mujer enfermó, o, al menos, dejó de salir al balcón, pero el loro seguía allí, y silbaba, rezaba y removía la cola cada vez que tocaban las campanas. El incendio se llevó por delante la iglesia y sus campanas, y sin duda también al loro, y muy posiblemente a la señora católica. Ettie se lo quitó de la cabeza con un gesto de la mano y fingió que se había quedado dormida.

Durante cinco años, mi abuela nos cuidó muy bien. Nos cuidó como quien revive un largo día en un sueño. Aunque parecía ensimismada, creo que, como el que sueña, percibía algo más que la presión de lo que vivía en presente, con una

atención intensificada y al mismo tiempo confundida por la conciencia de que ese presente ya había pasado, y había tenido sus consecuencias. Ciertamente, debió de parecerle que había vuelto a revivir ese día porque era ahí donde algo se había perdido u olvidado. Blanqueaba zapatos, trenzaba cabellos, freía pollo y cambiaba la ropa de cama, y de repente le entraba miedo y recordaba que las niñas, sin saber cómo, habían desaparecido, todas. ¿Cómo había pasado?, ¿cómo habría podido adivinarlo? Y blanqueaba zapatos, trenzaba cabellos y cambiaba la ropa de cama como si al recrear el hábito volviera a convertirlo en hábito, o como si así pudiera encontrar la grieta, el defecto, en su vida serena, ordinaria y ordenada, o descubrir al menos algún indicio de que sus tres niñas iban a desaparecer de una forma tan absoluta como había desaparecido su padre. Así que cuando parecía distraída o ensimismada lo que pasaba en realidad, creo, es que era consciente de demasiadas cosas, y que carecía de un criterio para discriminar entre lo más y lo menos importante, y esa consciencia no podía atenuarse allí, pues el desastre había cobrado forma precisamente entre las cosas que ella había considerado familiares.

Y también debió de parecerle que disponía sólo de herramientas frágiles e inapropiadas para las necesidades más apremiantes. Una vez, nos contó, soñó que había visto caer a un bebé de un avión y había intentado atraparlo con su delantal, y otra vez había intentado rescatar a un bebé de un pozo con un colador de té. Se ocupaba de Lucille y de mí con escrupulosa atención y poca confianza, como si dándonos unos centavos o unas galletitas con virutas de chocolate pudiera retenernos, retener a nuestros espíritus, aquí, en su cocina, aunque intuía que tal vez no. Su madre, nos contó, conocía a una mujer que, cuando se asomaba a la ventana por la noche, veía a menudo fantasmas de niños llorando junto a la carretera. Esos niños, que eran negros como el cielo e iban completamente desnudos y que bailaban con el frío y se enjugaban las lágrimas con los dorsos y los pulpe-

jos de las manos, rabiosos por el hambre, consumían gran parte del ánimo de la mujer y de sus pensamientos. Sacaba sopa a la carretera, que se comían los perros, y mantas, que por la mañana estaban intactas y empapadas de rocío. Los niños se chupaban los dedos y se restregaban los costados como antes de sus atenciones, pero ella pensaba que tal vez les hubiera complacido, no sabía cómo, porque eran cada vez más numerosos y acudían con más frecuencia. Cuando su hermana le comentó que a la gente le parecía raro que sacara la cena a la calle todas las noches para que se la comieran los perros, ella respondió con bastante sensatez que cualquiera que viera a esos pobres niños haría exactamente lo mismo. A veces me parecía que mi abuela veía nuestras almas negras bailando al frío sin luna y nos ofrecía gruesos trozos de tarta de manzana como un gesto tan bienintencionado como desesperado.

Y era vieja. Mi abuela no era una mujer dada a excesos de ningún tipo, así que su envejecimiento, a medida que avanzaba, resultó bastante chocante. Verdad es que se mantenía erguida, activa y lúcida mientras que la mayoría de sus amigos cabeceaban, o farfullaban, o se habían encamado o iban en sillas de ruedas. Pero en sus últimos años ella se fue calmando y empezó a encogerse. La boca se le vino hacia delante, la frente retrocedió y su cráneo brillaba rosáceo y moteado dentro de una bruma de pelo, que se cernía alrededor de su cabeza como el recuerdo de algo que había sido pero ya no era. Daba la impresión de que estaba perdiendo el halo de humanidad, que se desvanecía, y de que se iba transformando en mono. Le crecían rizos en las cejas, y un vello cano y áspero brotó en sus labios y barbilla. Cuando se ponía un vestido viejo, la pieza delantera colgaba vacía y el dobladillo se arrastraba por el suelo. Los viejos sombreros se le calaban hasta los ojos. A veces se llevaba la mano a la boca y se reía con los ojos cerrados mientras se le estremecían los hombros. En mis primeros recuerdos de ella, mi abuela ya tenía muchos años. Me acuerdo de estar sentada

bajo la tabla de planchar, que se abría desplegándose de la pared de la cocina, mientras ella planchaba las cortinas del salón y canturreaba en voz baja *Robin Adair*.¹ Un velo tras otro caían a mi alrededor, almidonados, blancos y fragantes, y yo me sumía en vagas ensoñaciones en las que me creía escondida o enclaustrada, y veía menearse el cable eléctrico y contemplaba los grandes zapatos negros de mi abuela, tan carentes de contorno, tan completamente deformados por los músculos que parecían dos huesos abultados. Incluso entonces ya era vieja.

Dado que mi abuela contaba con unos pequeños ingresos y era la propietaria de su casa, siempre se dio el gusto de pensar por adelantado en el tiempo en que su humilde destino particular se cruzaría con los grandes trámites públicos de la ley y las finanzas, es decir, en el tiempo de su muerte. Todos los hábitos, costumbres y posesiones que se habían asentado a su alrededor, los cheques mensuales del banco, la casa en la que había vivido desde que llegó a ella como recién casada, el huerto cubierto de maleza que rodeaba el patio por tres lados, donde las manzanas, las ciruelas y los albaricoques cada vez más pequeños y agusanados habían caído cada año de su viudez, todas esas cosas de repente se tornarían líquidas, capaces de asumir nuevas formas. Y todo sería de Lucille y mío.

–Vended los huertos –decía, con aspecto serio y sensato–, pero quedaos con la casa. En tanto cuidéis de vuestra salud y poseáis el techo bajo el que vivís, estaréis tan a salvo como el que más –decía–, si Dios quiere.

A mi abuela le encantaba hablar de esas cosas. Cuando lo hacía, sus ojos vagaban sobre los bienes que había acumulado sin intención y que había conservado por costumbre con el mismo entusiasmo que si hubiera venido a reclamarlos.

1. Canción tradicional irlandesa –o puede que escocesa– popular en el XVIII, en el que una desconsolada joven lamenta la partida de su amor, Robin Adair. Jane Austen la utilizó en *Emma*.

Sus cuñadas, Nona y Lily, vendrían y se encargarían de nosotras cuando llegara el momento. Lily y Nona eran doce y diez años menores que mi abuela y ella, pese a lo anciana que era, las seguía considerando jóvenes. Vivían casi en la indigencia, y el ahorro en el alquiler, por no mencionar las ventajas de cambiar una pequeña habitación de hotel subterránea por un gran caserón, rodeado de peonías y rosales, serían aliciente de sobra para que permanecieran a nuestro lado hasta que nos hiciéramos mayores.